

Frete libertario

Madrid, 29 de julio de 1938 || Editado por el Comité de Defensa Confederat, del Centro || NUMERO 535

Un incapaz es tan peligroso como un traidor

Durante muchos meses venimos repitiendo con insistencia machaca-na sobre la necesidad ineludible en que nos encontramos de preparar una depuración a fondo que, supli-

te, elimine de una manera radical todos los gérmenes de derrota que entre nosotros subsisten. Es ahí precisamente ahí, donde hay que buscar los más peligrosos elementos de los que, revolcándose en las charcas a las que aludió hace tiempo el Presidente del Consejo, crean un inconveniente y dar origen a una nueva dificultad. ¿Traidores? A veces, sí; pero también muchas veces, muchas más, nos encontramos ante incapaces, que, no sabiendo salir airoso de la situación en que puedan encontrarse valiéndose de sus propios medios, atribuyen la causa de su fracaso a un motivo o a otro, cuando, en realidad, habría que buscarla en su incapacidad absoluta. Y contra estos individuos debe prevenirse el pueblo español en la misma medida o quizás aun en mayor medida que contra los traidores.

Un traidor puede dar lugar a gravísimas situaciones; pero un incapaz da también lugar a idénticas situaciones de peligro y de gravedad que aquellas que nacen en la traición. Y sobre esta gravedad hay que añadir un nuevo motivo de indignación: que cuando se ha consumado lo irremediable, el culpable de ello se limita a poner cara de tonto—mas cara de tonto de la que habitualmente tiene— y a balbucear sus estúpidas excusas de “¿Quién lo había de pensar?” o aquella otra no menos socorrida de “Yo no sirvo para esto”.

Y lo notable es que realmente no sirven y que sus palabras son acerdadas en cuanto a su contenido, pero perfectamente fuera de lugar en cuanto al tiempo en que se pronuncian. Esas mismas palabras de “Yo no sirvo para esto” hubieran llegado a tener verdadero mérito; pero siempre y cuando hubieran sido pronunciadas “antes”. Porque es cierto que los cargos vistosos agradan a casi todo el mundo, pero no es menos cierto que todo el mundo que piense y proceda en buen antifascista, antes de aceptar un cargo, debe medir bien su propia capacidad para desempeñarlo acertadamente. Y no que lo que de ninguna manera puede admitirse es que pretendan “paliarse los fracasos con excusas y esquivar la acción de la ley con unas palabras de propio descrédito.

Esa es la eterna cantinela de los incapaces; pero es que entre nosotros, y más aun en las circunstancias que estamos viviendo, no puede de ninguna manera admitirse que exista nadie que para satisfacer su

estúpido orgullo personal, su ambición de ser figurón, comprometa el resultado final de nuestra lucha.

La incapacidad es tan peligrosa como la traición; y en algunas ocasiones la máscara de ésta. Meras excusas y más conductas acertadas. Esto es lo que necesita el proletariado para lograr el triunfo de sus deseos y la satisfacción de sus anhelos. Por esto creemos firmemente que la incapacidad en el desempeño de misiones que han sido libremente aceptadas —porque a nadie se obliga—, debe ser considerada como un verdadero delito y como tal enjuiciada y sancionada. Es hora grave, sangrante, la que estamos atravesando. Y las responsabilidades que de todas las conductas se derivan deben exigirse hasta el fin; hasta el fin y con tanta mayor intensidad, cuando más elevado sea el puesto que el incapaz desempeña.

Porque el pueblo español anhela ardientemente que surjan de una vez los hombres realmente dignos que, conscientes de sus propias fuerzas y de la enorme responsabilidad que todos nosotros hemos contraído, se decidan a actuar de una manera firme y capaz en defensa de nuestra libertad y de nuestra independencia.

No queremos mitos, fantasías, ni castillos en el aire. Queremos realidades; porque la guerra es siempre, por encima de todo, realidad dolorida, sangrante; y la victoria ha de ser la última consecuencia de haber vencido, realmente, todas las dificultades que la guerra nos haya podido presentar.

La desproporcionalidad económica entre la ciudad y el campo

En cuanto a economía de guerra tenemos que aprender bastante de los países imperialistas. Es desagradable hacer esta afirmación, pero es necesario decir que Guillermo II y Clemenceau, en la guerra de 1914-18, realizaron una revolución económica, conocida por el sobrenombre de “socialismo de guerra”. Guillermo II, a los dos días de iniciarse las hostilidades mandó fusilar a un comerciante alemán, dueño de 200 tiendas en Berlín, por vender el jamón a precio superior de tasa. Tanto Guillermo II como Clemenceau, exponentes máximos de la política imperialista, pusieron toda la economía nacional al servicio de la guerra. Era necesario incrementar continuamente la producción en la retaguardia. Para lograr este fin había que supri-

mir las economías autónomas, no sujetas al plan económico nacional. La guerra determinaba una economía dirigida. Por eso se recurrió a la nacionalización de toda la producción y del consumo para ponerla al servicio de las crecientes necesidades que se sentían en los frentes. En cambio, nosotros, con una guerra de carácter político, no hemos liquidado las economías aisladas cuyo objetivo es sembrar un desconcierto en la producción y en el consumo para aumentar los beneficios particulares que proporciona la especulación desmesurada que se clava, con la garra de la avaricia, sobre el hambre del pueblo. Tampoco existen en nuestra retaguardia unos servicios normales y eficaces de transporte. Esto motiva una desproporcionalidad en el consumo entre la

ciudad y el campo. Todavía poseemos innumerables y cuantiosas reservas de medios de consumo. Sin embargo, toda esa producción, a veces sobrante en el campo, se necesita urgentemente en la ciudad. No se olvide que la moral y los estados de conciencia, en momentos de guerra, son producto de la existencia material. Créese, pues, unos servicios, en la retaguardia, para normalizar eficientemente la economía del consumo en la vida nacional.

El pacto U. G. T.-C. N. T. tiene una visión acertada a este respecto, dando soluciones oportunas con la constitución del Consejo Superior de Economía. No puede demorarse la entrada en vigor de este organismo, puesto que el tiempo perdido va en perjuicio de los intereses generales del pueblo trabajador.

Checoslovaquia en las tenazas del imperialismo

En las últimas semanas el problema checoslovaco ha pasado al primer plano de la política europea. La misión del ayudante de Hitler, en Londres, iba encaminada a resolver la cuestión de los alemanes sudetes. Claro es que no le preocupa solamente al imperialismo germano reintegrar al territorio nacional, las porciones de terreno alemanes anexionadas a Checoslovaquia por el tratado de Versalles. Para el tercer Reich tiene más importancia apoderarse de todo el territorio checoslovaco a fin de extender su expansión territorial a través de la Península Balcánica, en dirección a los pozos petrolíferos rumanos. Por otra parte, Hitler quiere buscar una frontera común con la Unión Soviética. De este modo, el Ejército prusiano gana espacio y tiempo para realizar sus objetivos militares inmediatos. La Alemania fascista quiere borrar del mapa europeo, de idéntica forma que en Austria, la configuración geográfica de la nación checoslovaca. La bancarrota de la política económica alemana necesita los productos agrícolas, la industria alimenticia, la hulla, el hierro, la plata y el oro existentes en el subsuelo checoslovaco. Con esta política se pretende colonizar a Europa, en vez de los continentes poblados por razas de color.

Checoslovaquia se encuentra amenazada de perder su independencia nacional. Además, el fascismo alemán le hace imposible el comercio exterior. La navegación fluvial, por el Danubio y el Elba, encuentra grandes inconvenientes en las fronteras austro-alemanas. De otro lado, los puertos francos concedido a Checoslovaquia, por el tratado de Versalles, en Hamburgo y Stettin se han cerrado, de hecho, al comercio checoslovaco. Hitler, con esta política de intransigencia y el movimiento separatista de los sudetes, trata de hacerle capitular al Gobierno de Praga. Si no consigue sus fines ex-

traterritoriales, con esta política, tratará de mover los Cuerpos de Ejército sitiados en Breslau, Gortitz, Dresde y Ratisbona para desencadenar una ofensiva militar sobre Pilsen, Eger y Praga, y desde Viena en dirección a Presburgo y Brunn.

En la Cámara de los Comunes se han dado cuenta de este peligro, porque, a través del ayudante de Hitler, se conocen algunas intenciones de Berlín sobre Praga. Por eso el Gobierno de Londres se apresura a mandar, cerca del Gobierno del señor Bennes, a lord Runciman. El embajador especial británico lleva plenos poderes, de Londres, para intervenir o arbitrar en el conflicto checo-alemán. Desde luego, Inglaterra no tiene puestos sus ojos, únicamente, en el mapa checoslovaco, sino más bien en el petróleo rumano y en el camino que, por la Península Balcánica, conduce al Asia Menor y al Istmo de Suez. El eje Berlín-Roma llega, por el Mediterráneo, a esta última posición.

Desde Berlín a Roma el eje converge militarmente hacia la Península Balcánica. De quebrantarlo o de ver las posibilidades de su ruptura es la misión de Lord Runciman en Praga. Inglaterra no entiende más que de negocios y de asegurar sus intereses financieros y coloniales. Quien pretenda atacarlos se encontrará con John Bull. Veamos lo que nos dice el tiempo.

Del triunfo de nuestra causa depende la libertad de los trabajadores del mundo

frente libertario

Redacción y Administración
COMITE DE DEFENSA
Sección de Propaganda
Serrano, 111 Teléfono 58664

GANAR TIEMPO Y SABER APROVECHARLO

Esa es la importancia fundamental de nuestra resistencia contra los invasores

En vísperas de la guerra mundial el fascismo italo-germano acelera la realización de sus planes militares en España. Esa es la verdadera explicación de los fuertes ataques que el invasor lleva a cabo en el frente de Levante y Extremadura. Los Estados mayores de Berlín y Roma se aprestan a ocupar las posiciones geográficas españolas situadas en el Mediterráneo y en el Atlántico. La guerra ultrarrápida consiste en el logro de éxitos iniciales que intervengan como factores decisivos en la guerra mundial. Estos pequeños puntos de apoyo podían inclinar la balanza de la victoria del lado de aquellos países que están dispuestos a verificar un nuevo reajuste de fronteras. Pero los países democráticos, con Roosevelt a la cabeza, es decir, con todo el poder económico y militar de Norteamérica, no pierden de vista las habilidades militares que se fraguan en Berlín y Roma. No es aventurado decir que las potencias democráticas, 11/11/38

IRÁN A LA GUERRA CUANDO LA PUEDAN GANAR, PARA ASEGURAR SUS INTERESES COLONIALES Y FINANCIEROS, NO CUANDO PUDIERAN PERDER ESTO Y LA GUERRA.

En los actuales momentos, de la política internacional, es tan imposible garantizar la paz como evitar la guerra, porque la guerra ha empezado ya en China, en Abisinia y en España. Estos eslabones son los preludios de una inmediata acción general en la que sobran los discursos pacifistas, las ligas de la paz y, en cambio, tienen la palabra los cañones. Mussolini y Hitler han ido demasiado lejos, en sus ambiciones territoriales, impulsados por el desmesurado crecimiento de sus respectivas industrias nacionales. Para ellos la guerra no tiene otro fin que el de procurarse mercados, para colocar el excedente de productos manufacturados; materias primas en los territorios conquistados y colocar la superpoblación que no puede encerrarse en el marco estrecho de la configuración topográfica de Italia y Alemania. España, para Berlín y Roma, con sus posesiones peninsulares e insulares en el Atlántico, es una introducción a la colonización alemana en las costas occidentales de África. El Mediterráneo y el Marruecos español, así como las Islas Baleares, son el camino que conducen a una preponderancia italiana en el "Mare Nostrum". Francia, aunque oculta hipócritamente, con el velo de la paz, sus verdaderas intenciones bélicas se da perfecta cuenta del peligro que supone un cuádruple ataque militar fascistas desde los Pirineos, desde el Marruecos español, para impedir la movilización de tropas coloniales francesas a la Metrópoli, desde la frontera de Vintimiglia y desde la frontera franco-suiza, ejes de ataques del ejército italo-germano sobre nuestra vecina República. Por esto el ensayo "de pacto a cuatro", que nos transmiten las agencias periodísticas, nos

parece el enmascaramiento de los verdaderos objetivos y un segundo fracaso del pacto de las cuatro potencias, que tuvo lugar, en el año 33, en la villa italiana de Stresa. No profetizamos de una manera empíricista hechos apartados de la realidad tangible. De un modo dialéctico deducimos de los factores políticos, económicos, militares y financieros, que chocan antagónicamente en Europa, la consecuencia inminente de una próxima guerra. Tan inmediata que los países imperialistas europeos están reduciendo el tiempo para la recogida de la cosecha, a fin de que empiece la cosecha de la muerte por los campos de hambre, paro y miseria del viejo Continente.

A grandes rasgos éste es el panorama que presenta el mundo capitalista. Por ello cada día de resistencia, para nosotros, supone desbaratar los planes militares de los Estados mayores de Berlín y Roma, cuyos cálculos para la liquidación completa del problema español, han fallado rotundamente. Resistir implica ganar tiempo y saber aprovecharlo. Resistir es encontrar nuevas condiciones de ofensiva cuando el frente alemán y el frente italiano, hoy España, tengan que trasladarse, por lo menos con todo su material pesado de guerra a la Europa central, occidental y oriental. Ahora, más que nunca, resistir, sin abandonar un palmo de terreno al enemigo, significa hacernos acreedores a la victoria total sobre el fascismo nacional y extranjero, que pugnará, el uno, por hipotecar a España, y los otros, para reducirla a la categoría de colonia. Resistir, hoy, es conseguir el triunfo de mañana.

Diálogos callejeros

—¡Estoy harta de los vagos y más harta de bregar con "emboscados" cobardes, que no sirven para "ná". ¿Sabes lo que el otro día oí decir al pasar por la tienda de la esquina a un ocioso pertinaz?

—¡Qué sé yo! Se dice tanto...

—Pues, agárrate, y verás: era un tipo delgaduchito, rebosando suciedad, de los que comen por quince y no trabajan jamás. Decía el muy sinvergüenza:

Tengo ganas de sentarme a una mesa señorial y comer lo que me salga de las narices, ¡no más!

Me dió tal rabia, chiquilla, que me volví sin piedad y le dije al muy bergante: "Eso es fácil, "camará". Te suenas fuerte y... banquete. ¿Qué más quieres?, ¡holgazán!

B.



A los debates de la Cámara de los Comunes, seguirán las conversaciones entre caballeros

Entre tartamudeos y evasivas, entre denuestos y silencios, transigencias y cobardías innumerables, ha ido gobernando el primer ministro británico. En la Prensa y en el Parlamento, en Ginebra y en el sanedrín de Londres, ha ido esta figura dejando a cachos su prestigio de gobernante, superando los tiempos más negativos de la política inglesa, cual si fuera posible sobrepasar la marca de Carlos II, el hijo del ajusticiado por Cromwell, que es uno de los períodos más vergonzosos del pueblo inglés.

No se conoce en la historia inglesa etapa más humillante que ésta, iniciada por Baldwin y continuada por mister Chamberlain, para consuelo de aquél, pues el error del "premier" ha sido máximo. No se conoce en la historia del Parlamento británico una legislatura tan mediocre e hiriente como la que ha ofrecido la actividad de esta desgracia de nuestro tiempo, verdadero peligro europeo, con sus increíbles claudicaciones, no sólo ante Berlín y Roma, sino hasta con la Junta de Burgos, aguantando agresiones intolerables y tratando de justificar su "no hacer", rehuendo la colisión con los verdaderos autores morales y materiales de los hundimientos de buques con pabellón británico, para no enfrentarse con Franco, ante el temor de que saliera en su defensa Italia y Alemania, propiciando otra derrota más al no replicar, o desencadenando la guerra general al hacerlo. Esta actitud, francamente claudicante, no se registra en los anales de ningún gran pueblo, ni en los momentos de su máxima decadencia.

Como en este período, cual si Inglaterra hubiese descendido de rango, colocándose al par de cualquier potencia de cuarto orden. Pero es lo que dirá mister Chamberlain: "Me han hundido barcos; han muerto muchos marinos ingleses, a pesar de que la guerra de España no merecía la vida de uno solo de los marinos británicos, pero mis enemigos no han conseguido derribarme". El éxito no ha podido ser más rotundo para este hombre, aunque se ha cimantado sobre tanto desprestigio para el Imperio británico, el cual ha cundido a los Dominios, como lo demostró la actitud

del delegado de Nueva Zelanda, ante la Sociedad de Naciones, es decir, en la sala de más resonancia política del mundo, con todas las vergüenzas allí registradas, con gran contento del fascismo.

Chamberlain cerrará hoy el Parlamento, evitándose que las oposiciones le acosen con palabras duras, le cojan en contradicciones y se libre de la fiscalización de los Comunes, se dedicará a la pesca, escribirá este período de la política inglesa, y aun pretenderá que el "News Chronicle" no fué justo al escribir aquel título de su resonante artículo de fondo de hace mes y pico: "Un primer ministro, abyecto".

Y Halifax continuará tan contento, celebrando que sigan las conversaciones entre caballeros y negociantes, traficantes y merodeadores, en exaltación de la diplomacia particular, como esa que va a iniciar en Praga lord Runciman, mientras todos los proyectos y planes de esa gran desdicha de nuestro tiempo van cayendo en el suelo, dejando un ruidor de fracaso y derrota, en los que nunca se salvará el "premier", por mucho que transija y por mucho que claudique, ya que una rectificación salvadora parece imposible.

VISADO POR LA CENSURA



Hemos leído hoy algunas páginas del curioso "Libro de Ben-Hamí", y no resistimos la tentación de recordar algunos consejos que tienen un marcado sabor de actualidad. Dice así:

"Si la suerte, la amistad o la obediencia pone en tu mano la vara de la autoridad, úsala siempre en beneficio de la justicia y la razón."

Y si alguna vez vacila, que sea por la piedad."

"Cuando calles, que sea por discreción, no por temor."

"Si tienen qué comer, sea bien o mal adquirido y tu vecino ayuna, no lo ofendas con el olor de tu comida. Podrías tú ayunar eternamente."

"Huye del hombre que dice que es sabio y desconoce la sabiduría de los demás hombres y la de las cosas. Nadie es sabio de su propia sabiduría."

"Nadie olvide que el sol nace y muere todos los días."

La fuerza y la inteligencia del hombre no es más grande que la luz y el calor del sol."

"Las ofensas son ofensas porque el ofendido tiene el alma limpia."

A un matvado o un indiferente no se le puede ofender nunca."

Esto he leído hoy en el curioso "Libro de Ben-Hamí". ¡Y la paz!

S. U. de las I. del P. y A. G.-C.N.T.